

Aurelio, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas di tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dijo Arsindo: luego propuso lo siguiente.

ARSINDO.

¿Quién es quien pierde el color
Donde se suele avivar,
Y luego torna á cobrar
Otro mas vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
Y despues negro atezado;
Y al cabo tan colorado
Que su vista da contento:

No guarda fueros ni leyes,
Tiene amistad con las llamas,
Visita á tiempos las camas
De señores y de reyes:
Muerto se llama varon,
Y vivo hembra se nombra,
Tiene el aspecto de sombra,
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba; el cual, apenas habia acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo: Paréceme, Arsindo, que no es tan oscura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demas partes le convienen en todo como esta; y si quedas con la misma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella; pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales, y luego dijo la suya.

DAMON.

¿Cuál es la dama polida,
Aseada y bien compuesta,
Temerosa y atrevida,
Vergonzosa y deshonesta,
Y gustosa y desabrada?

Si son muchas, porque asombre,
Mudan de mujer el nombre
En varon, y es cierta ley,
Que va con ellas el rey,
Y las lleva cualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dijo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfia, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen; porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta, es la carta y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dijo. Y luego Tirsi propuso desta manera.

TIRSI.

¿Quién es la que es toda ojos
De la cabeza á los pies,
Y á veces sin su interes
Causa amorosos enojos?
Tambien suele aplacar riñas,
Y no le va ni le viene;

Y aunque tantos ojos tiene
Descubre muy pocas niñas:
Tiene nombre de un dolor
Que se tiene por mortal,
Hace bien y hace mal,
Enciende y temple el amor.

En confusion puso á Elicio la pregunta de Tirsi, porque á él tocaba responder á ella, y casi estuvo para darse, como dicen, por vencido; pero á cabo de poco vino á decir, que era la celosia; y concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente.

ELICIO.

Es muy oscura y es clara,
Tiene mil contrariedades,
Encúbrenos las verdades,
Y al cabo nos las declara:
Nace á veces de donaire,
Otras de altas fantasias,
Y suele engendrar porfias,
Aunque trate cosas de aire.
Sabe su nombre cualquiera,
Hasta los niños pequeños;
Son muchas y tienen dueños
De diferente manera:

No hay vieja que no se abrace
Con una destas señoras:
Son de gusto algunas horas,
Cuál cansa, cuál satisface.
Sabios hay que se desvelan
Por sacarles los sentidos,
Y algunos quedan corridos,
Cuanto mas sobre ello velan:
Cuál es necia, cuál curiosa,
Cuál fácil, cuál intricada,
Pero sea ó no sea nada,
Decidme, qué es cosa y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó á correrse de ver que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta; mas ni aun por eso venia en el sentido della; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba despues de Nisida, dijo: Si vale á romper el órden que está dada, y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia. Por cierto, hermosa Ga-

latea, respondió Timbrio, que conozco yo que así como á mí falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si desta vez no la acertare, confirmarse ha con mas véras la opinion que de mi ingenio y del vuestro tengo. Tornó Elicio á decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo: Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurecia, con eso mesmo me parece que se declara, pues el último verso dice: te digan qué es cosa y cosa. Y así yo te respondo á lo que me dices, y digo que tu pregunta es, el que es cosa y cosa; y no te maravilles haberme tardado en la respuesta, porque mas me maravillara yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el cual mostrará quién es en el poco artificio de mi pregunta, que es esta.

TIMBRIO.

¿Quién es el que á su pesar
Mete sus piés por los ojos,
Y sin causarles enojos
Les hace luego cantar?

El sacarlos es de gusto,
Aunque á veces quien los saca
No solo su mal no aplaca,
Mas cobra mayor disgusto.

A Nisida tocaba responder á la pregunta de Timbrio; mas no fué posible que la adivinasen ni ella ni Galatea, que se le seguian. Y viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo: No os canséis, señoras, ni fatigéis vuestros entendimientos en la declaracion desta enigma; porque podria ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura que la pregunta encubre, y así no es mucho que no déis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estábamos de vuestros entendimientos, que en ménos espacio otras mas dificultosas hubiérades declarado; y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder á Timbrio, y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los piés de aquellos ojos que él dice, ó es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porque veais, pastoras, si tenia yo razon de imaginar que quizá ninguna de vosotras habia visto en toda su vida cárceles ni prisiones. Yo por mí sé decir, dijo Galatea, que jamas he visto aprisionado alguno. Lo mesmo dijeron Nisida y Blanca, y luego Nisida propuso su pregunta en esta forma.

NISIDA.

Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se ve acuchillado:

Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nisida, porque luego le dijo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nisida, si digo que á ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma que á las tijeras de despabilar, y á la vela ó cirio que despabilan; y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha agora la mia, que no con ménos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dijo que fué esta.

GALATEA.

Tres hijos que de una madre
Nacieron con sér perfeto,
Y de un hermano era nieto
El uno, y el otro padre;

Y estos tres tan sin clemencia
A su madre maltrataban,
Que mil puñadas le daban
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrían que alguna cosa

obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por excusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento; y si por dicha estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dijo á todos los que la escucharon, y mas admirados quedaron, cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañía que los ojos en ella tenia puestos, con un extraño donaire y desdenoso brio sacó un pequeño rabel de su zurrón, y parándosele á templar muy despacio, á cabo de poco rato, con voz en extremo buena, comenzó á cantar de esta manera.

GELASIA.

¿Quién dejará del verde prado umbroso
Las frescas yerbas y las frescas fuentes?
Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre ó jabali cerdoso?
Quién con el son amigo y sonoro
No detendrá las aves inocentes?
Quién en las horas de la siesta ardientes
No buscará en las selvas el reposo.
Por seguir los incendios, los temores,
Los celos, iras, rabias, muertes, penas
Del falso amor, que tanto aflige al mundo?
Del campo son y han sido mis amores,
Rosas son y jazmines mis cadenas,
Libre nací, y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademán de su rostro la desamorada condicion suya descubria; mas apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una extraña lijereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó á correr por la peña abajo, dejando á los pastores admirados de su condicion, y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la mesma peña subia con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella, aguardarle por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su propósito. Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pié della; y viendo que no detenía el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendia, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mismo lugar donde Gelasia habia estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia; y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decia, tornaba á bendecir sus ojos y á tener por buena la ocasion que en tales términos le ponía; y luego incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y desnudándose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pié de la peña corría. Lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y así Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que no hiciese algun otro desatino que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fué sacar de su zurrón su rabel, y con un nuevo y extraño reposo se tornó á sentar, y vuelto el rostro hacia donde su pastora oia, con voz suave y de lágrimas acompañada, comenzó á cantar desta suerte.

LENIO.

¿Quién te impele, cruel, quién te desvia?
Quién te retira del amado intento?
Quién en tus piés veloces alas cria,
Con que corres lijera mas que el viento?

¿Por qué tienes en poco la fe mía,
Y desprecias el alto pensamiento?
Por qué huyes de mí? Por qué me dejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

¿Soy por ventura de tan bajo estado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
Soy pobre, soy avaro? ¿Hásmelo hallado
En falsedad desde que supe vellos?
¿La condicion primera no he mudado?
¿No pende del menor de tus cabellos
Mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

Tome escarmiento tu altivez sobrada
De ver mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada
Y en amoroso intento convertida;
Mira que contra amor no puede nada
La mas exenta descuidada vida;
Deten el paso ya; ¿por qué le aquejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

Vime cual tú te ves, y agora veo
Que como fui, jamas espero verme:
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se extrema en no quererme.
Tú has ganado la palma, tú el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme;
Tú me rendiste, ¿y tú de mí te alejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demas pastores reprendiendo á Galercio su mal propósito, afeando el dañado intento que habia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dejándole solo habia de poner en ejecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura habia sabido ya de su Artidoro. A lo cual ella respondió llorando: No sé qué os diga, amigas y señoras mias, sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro para que enteramente le perdiese; porque habréis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mia, que fué el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remate de mi contento; porque sabiendo ella, así como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no léjos de allí con su ganado, sin decirme nada se partió á buscarle: hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciésemos), con poca dificultad le dió á entender que la pastora que en nuestra aldea le habia desdénado, era una su hermana, que en extremo le parecia; en fin, le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado y los extremos de dolor que he padecido; y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto ménos que la traidora le dijera, fuera de él creida, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dió la mano á Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y suspiros; veis aquí ya arrancada de raiz toda mi esperanza; y lo que mas siento, es que haya sido por lamano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría: supose tambien el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdía, y que así le

pareció mas fácil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo en cuanto á la apariencia y gentileza, que ella se tenia por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria; y así yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debía, dejo el aldea y la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginarse pueden, venía á daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que ansimesmo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura; y esta mañana al salir del sol topamos con Galercio, el cual con tiernas y enamoradas razones estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese; mas ella con el mas extraño desden y esquividad que decirse puede, le mandó que se le quitase delante, y que no no fuese osado de jamas hablarla; y el desdichado pastor apretado de tan recio mandamiento y de tan extraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habeis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo mas que llorar que ántes; y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupaes en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo. No dijo mas Teolinda, porque la infinitud de lágrimas que le vinieron á los ojos, y los suspiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á la lengua; y aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fué de poco efeto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi á Galercio del seno sacado habia, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que desta manera decia.

GALERCIO Á GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de dama,
Fria y encendida llama
Donde mi alma se apura:
Escucha las sinrazones
De tu desamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes rengiones.

No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza extraña
No valen ruegos ni maña,
Ni servicios tienen parte:
Escribote, porque veas
La sinrazon que me haces,
Y cuán mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
Es muy justo, y razon tienes;
Mas mira que la mantienes
Solo con la crueldad:
Y no es justo lo que ordenas,
Querer, sin ser ofendida,
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desden
Depositada tu honra:
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da á entender
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron,
Tu duro indomable ser:
Que en ellos es tu recreo,
Y en los páramos y valles,
Dó no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura
Una vez te vi sentada,
Y dije: estatua es formada
Aquella de piedra dura:
Y aunque el moverte despues
Contradijo á mi opinion,
En fin en la condicion,
Dije, mas que estatua es.

¿Y ojalá que estatua fueras
De piedra! que yo esperara
Que el cielo por mí cambiara
Tu ser, y en mujer volvieras:
Que Pigmalión no fué
Tanto á la suya rendido,
Como yo te soy y he sido,
Pastora, y siempre seré.

Con razon y de derecho
Del mal y bien me das pago.
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas
Tal verdad es conocida:
Con la vista me das vida,
Con la condicion me matas.

Desé pecho, que se atreve
A esquivar de amor los tiros,
El fuego de mis suspiros
Desbaga un poco la nieve:
Concédate al llanto mio
Y al nunca admitir descanso,
Que vuelva agradable y manso
Un solo punto tu brio.

Bien sé que habrás de decir
Que me alongo, y yo lo creo,
Pero acorta tu el deseo,
Y acortará yo el pedir:
Mas segun lo que me das
En cuantas demandas toco,
A tí te importa muy poco,
Que pida ménos ó mas.

Si de tu extraña dureza
Pudiera reprehenderte,
Y aquella señal ponerte,
Que muestra nuestra flaqueza,
Dijera viendo tu ser,
Y no así como se enseña:
Acuérdate que eres peña,
Y en peña te has de volver.

Mas seas peña ó acero,
Duro mármol ó diamante,
De un acero soy amante,
O una peña adoro y quiero:
Si eres ángel disfrazado,
O furia, que todo es cierto,
Por tal ángel vivo muerto,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia; y queriéndolos mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imágen de muerto parecia. Llegóse á él, y cuando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fué menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban, como los dos pastores, que á Galercio socorrieron, eran amigos del pastor lusitano, con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea; los cuales venían á decirle como de allí á tres dias el venturoso pastor vendría á su aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi que estas nuevas mas nuevos y extraños accidentes de los causados habian de causar en el alma de Elicio; pero con todo esto se llegó á él, y le dijo: Agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfacerás la tuya, aprovechándote de las nuestras y aun de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste rio y en las del manso Henáres; el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo. Suspenso quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle: El cielo te pague, discretó Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante: y tornándole á abrazar tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fué oír la embajada de los pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y nó lo podia disimular Erastro, ni ménos la discreta Florisa, ni aun fué gustosa la nueva á ninguno de cuantos allí estaban. A esta sazón ya el sol declinaba su acostumbrada carrera: y así por esto, como por ver que el enamorado Lenio habia seguido á Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hácia el aldea, y al llegar junto á ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo y Orfenio se quedaron con otros algunos pastores: y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, diciéndoles que otro dia se pensaban partir á la ciudad de Toledo, donde habia de ser el fin de su viaje; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea tan congójada y pensati-

va, que con toda su discrecion no podia dejar de dar muestras de extraño descontento. Con Darnio se fueron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle á Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto; y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huéspedes que tenia aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala que desesperrara de ver el dia. La mesma pena pasaba el misero Erastro, aunque con mas alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecia su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio. Estando en esto, ya que los pastores habian satisfecho á la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregándose en los brazos del reposado sueño, llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traía, entendiese que era de importancia lo que en él debia de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrándose en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que así decia.

GALATEA Á ELICIO.

«En la apresurada determinacion de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mí mesma me he hecho hasta llegar á este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozeo que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que á tu crédito debes y á mi honra estás obligado. El que me dan por esposo; y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.»

En extraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, así el escribirle, pues hasta entonces jamas lo habia hecho, como el mandar le buscar remedio á la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar cómo cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la cual desta manera decia.

ELICIO Á GALATEA.

«Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de servirlos, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que ello sea, vos veréis agora, si la sinrazon pasa adelante, cómo yo no me quedo atras en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí teneis conocida, y haced buen rostro á la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera; que el cielo

que os ha movido á acordaros de mí y á escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habeis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efecto lo que á vuestro gusto conviene, y al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de haber sabréis de Maurisa, á quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazón de nuestra ventura, la cual os dé el cielo como puede y como vuestro valor merece.»

Dada esta carta á Maurisa, como está dicho, le dijo asimesmo cómo él pensaba juntar todos los mas pastores que pudiese, y que todos juntos irían á hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor, que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado: y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza, y con ella ponerla en su libertad, y esto con el miramiento de su crédito que se podia esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolución se fué Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio estaban, á quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarían. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el dia siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenia, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron á cumplir lo que prometido habian, si no fueron Tirsi y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo dia tornó á venir Maurisa á decir á Elicio, cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas, y con alegre semblante y extraño alborozo estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena ó mala salida que la fortuna daba á su hecho. Llegó en esto la noche, y recogióse con Damon y Tirsi á su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podían suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar á los pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y allí con el aparejo de la soledad revolvía en su memoria todo lo que por Galatea habia padecido, y lo que temia padecer si el cielo á sus intentos no favorecia; y sin salir desta imaginacion, al son de un blando céfiro, que mansamente soplabá, con voz suave y baja comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.
Si deste herviente mar y golfo insano
Donde tanto amenaza la tormenta,

FIN DE LA GALATEA.

Libro la vida de tan dura afrenta,
Y toco el suelo venturoso y sano;
Al aire alzadas una y otra mano
Con alma humilde y voluntad contenta,
Haré que amor conozea, el cielo sienta,
Que el bien les agradezca soberano.
Llamaré venturosos mis suspiros,
Mis lágrimas tendré por agradables,
Por refrigerio el fuego en que me quemó.
Diré que son de amor los recios tiros,
Dulces al alma, al cuerpo saludables,
Y que en su bien no hay medio, sino extremo.

Quando Elicio acabó su canto, comenzaba á descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora, con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas y pintando los prados; cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parteras aves con mil suertes de concertadas cantilenas. Levantóse en esto Elicio, y tendiendo los ojos por la espaciosa campaña, descubrió no léjos dos escuadras de pastores, las cuales segun le pareció hácia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo y Lauso, con otros que consigo traian. Y los otros Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conoció pues de Elicio, bajó de la cuesta para ir á recibirlos; y cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damon, que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos á otros se recibieron. Y luego Lauso, volviéndose á Elicio, le dijo: En la compañía que traemos, amigo Elicio, puedes ver si comenzamos á dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos: todos los que aqui ves, vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tú no la hagas en lo que mas conviniere. Elicio, con las mejores razones que supo, agradeció á Lauso y á los demas la merced que le hacian: y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien á los pastores lo que Elicio decia: y así, sin mas detenerse hácia el aldea se encaminaron, yendo delante de Tirsi y Damon, siguiéndoles todos los demas, que hasta veinte pastores serian, los mas gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movian á que Aurelio la hiciese en lo que le pedian, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase: de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en solo su contento de redundar hubiera, porque á trueco de no ver á Galatea ausente y descontenta, tenia por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le habia de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas á los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte desta historia se prometen. La cual, si con apacibles voluntades esta primera viere recibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad á ser vista y juzgada de los ojos y entendimientos de las gentes.

NOVELAS EJEMPLARES.

DEDICATORIA

A D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, de Andrade y de Villalba, etc.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algun príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle á la memoria, no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su proteccion y amparo, porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo pues huyendo destes dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, así naturales como adquiridas, dejándolas á que los nuevos Fídias y Lisipos busquen mármoles y bronce adonde grabarlas y esculpiras, para que sean émulas á la duracion de los tiempos. Tampoco suplico á vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo, y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Solo suplico que advierta vuestra Excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados. Tales cuales son, allá van, y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á vuestra Excelencia, como á mi verdadero señor y bienhechor mio. Guardé nuestro Señor, etc. De Madrid á 13 de julio de 1613.

Criado de vuestra Excelencia.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

QUISIERA yo, si fuera posible (lector amantísimo) excusarme de escribir este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*, que quedase con gana de segundar con este. De esto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado antes con mi condicion que con mi ingenio: el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja de este libro, pues le diera mi retrato el famoso D. Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos que querian saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: Este que veis aqui de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo tre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy lijero de piés: este digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comunmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria; y cuando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto; con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni